
El vasto continente del Kan

Fernando R. Lafuente

Oriente y Occidente. Las vastas geografías contrarias y complementarias. Para Gerard de Nerval cada occidental tiene, tenemos, al otro lado de la invisible frontera del tiempo y los símbolos, un hermano oriental, el *feronés*. El día y la noche. El blanco y el negro. Que varían de uno a otro según quien sea el que contemple, el uno al otro. China desde Marco Polo, bien lo ha contado Jonathan D. Spence, ha sido el imaginario de la otredad. Y el estereotipo llegó hasta anteayer. Jesuitas, viajeros, escritores, políticos, diplomáticos, comerciantes, Diego de Pantoja, Matteo Ricci, Fernão Mendes Pinto, Lord Macartney, Voltaire, Montesquieu, Leibniz, Jane Austen, Mark Twain, Pierre Loti, Victor Segalen, Franz Kafka, Ezra Pound, André Malraux, Bertolt Brecht, Jorge Luis Borges, Italo Calvino, Henry Kissinger. Una sala de espejos, deformantes, exagerados, fantásticos, improbables, sugestivos, delirantes. Spence: «La curiosa disposición que han tenido y tienen los occidentales, ese apetito por todo aquello que llegue de China,

estuvo intacta desde el comienzo, y a lo largo de los siglos se ha mantenido igual que siempre, gracias a un flujo inagotable de ofrecimientos. El porqué haya sido así es algo que, en mi caso, sigue siendo un misterio». Un misterio pronto a desvelarse. Porque nada indica que China, la China surgida en el último tercio del siglo XX, coincida, o acepte, la mirada de Occidente. Shanghai es la metáfora formidable de un cambio de paradigma, de una geografía más sospechada que conocida. Todo está en el comienzo. El antiguo Imperio del Centro (y la Ciudad Prohibida de Pekín en donde residía el Hijo del Cielo) conserva algo imperecedero, eterno, inmóvil, sabio y desengañado: el tiempo. O si se quiere, la serena y práctica contemplación del tiempo. El luengo paso del tiempo en un territorio de ensueños perdidos en la memoria de vastos siglos; tan vastos como el propio territorio. Quien dispone del tiempo sólo vive el presente, lo de ahora mismo, lo inmediato, un concepto circular, oriental, de la modernidad. Si el progreso es futuro, el progreso nunca existirá, si lo que cuenta es lo que ahora vale, el presente se confunde con lo práctico, la ausencia de valores permanentes. La ciudad de Shanghai, que a lo largo del siglo XX fue el referente de la modernidad, regresa a su lugar. Pero esta vez, sin el anhelo de imitar lo que ocurre en el Occidente de antaño, ni de hoy, sino con la mirada hacia sí misma y a lo que el caprichoso destino decida. Que no es poco.

F. R. L